

(DESPUÉS DE LA INDIGNACIÓN Y EL COMPROMISO)
UN MANIFIESTO POR LA FELICIDAD

Françoise Héritier

La sal de la vida

Carta a un amigo



AGUILAR

FENÓMENO EDITORIAL
EN FRANCIA

(DESPUÉS DE LA INDIGNACIÓN Y EL COMPROMISO)
UN MANIFIESTO POR LA FELICIDAD

Françoise Héritier

La sal de la vida

Carta a un amigo

AGUILAR



FENÓMENO EDITORIAL
EN FRANCIA

Françoise Héritier

La
sal
de la
vida

Carta a un amigo

AGUILAR

Presentación

El texto que sigue podría sorprender a los que me conocen por mis escritos antropológicos. Con suma humildad anuncio lo que es: una «fantasía», nacida al hilo de la pluma y de la inspiración, y tiene una historia. Un bello día de verano, si se le puede llamar así puesto que en realidad hacía un tiempo de perros, recibí una tarjeta postal de Escocia. Alguien a quien quiero mucho, el profesor Jean-Charles Piette, el señor Piette, como yo lo llamo en mi fuero interno, me enviaba unas líneas desde la isla de Skye. Empezaban así: «Una semana “robada” de vacaciones en Escocia».

Hay que saber que Jean-Charles Piette, gran médico, profesor de medicina interna en el hospital de La Pitié, adorado por sus pacientes, entre los que me cuento desde hace treinta años, vive sólo por y para ellos, y su trabajo. Hasta donde alcanza mi memoria siempre lo he visto al borde del agotamiento físico y moral, dedicando horas a cada paciente, capaz de acompañar al último de la jornada a su domicilio si lo ha hecho esperar en exceso o de ir a buscar a otro a la estación del tren (lo hizo por mí en una ocasión), capaz de excéntricas generosidades y de impulsos igualmente locos. De modo que ese término, el de la semana «robada», me dejó pasmada. ¿Quién roba qué? ¿Es él quien roba un poco de respiro a un mundo al que le debe todo o, por el contrario, está dejando que el entorno devorador, el trabajo obsesivo y las múltiples y abrumadoras responsabilidades lo desposean de su propia vida? Nosotros le robamos la vida. Él se roba su propia vida.

Así las cosas, empecé a responderle como sigue: usted escamotea cada día lo que constituye la sal de la vida. ¿Y para qué, salvo para alimentar la culpabilidad de nunca hacer lo suficiente? Empecé enlazando unas cuantas pistas, pero rápidamente me presté al juego y empecé a preguntarme muy en serio cuáles son —y, sin duda alguna, seguirán siendo— los ingredientes de la sal de la mía.

Lo que encontrarán a continuación es, por tanto, una enumeración, una lista, en una única gran frase, que me vino a la mente por ella misma, a trompicones, como un gran monólogo murmurado. Se trata de sensaciones, de percepciones, de emociones, de pequeños placeres, de grandes alegrías, a veces de profundas desilusiones e incluso de penas, aunque mi ánimo se haya dejado llevar más por los momentos luminosos de la existencia que por los sombríos a pesar de que haberlos haylos. A los pequeños instantes sumamente generosos que sin duda cada uno habrá podido saborear en algún momento (a los que me refiero de manera neutra, es decir, en masculino según el uso del castellano), he mezclado progresivamente recuerdos personales, duraderos, gravados a fuego en potentes imágenes mentales, instantáneas fulgurantes cuya experiencia puede transmitirse, así lo creo, en algunas palabras (en estos casos me expreso en femenino). Cabe, pues, ver en este texto una especie de poema en prosa como homenaje a la vida.

Creo que he vivido, estoy convencida, una existencia exenta de serios reveses. He tenido la suerte de plantearme, como si de un oficio se tratara, cuestiones intelectuales que dan a la existencia un relieve, y a lo cotidiano un toque de placer poco habitual. He disfrutado trabajando y sigo haciéndolo. He tenido la suerte de no conocer ni la miseria ni las grandes dificultades para sobrevivir, simplemente, como tantos otros millones de seres humanos. Por consiguiente, mis palabras podrán pasar por el discurso hedonista de una privilegiada de la existencia. Tengo, sin embargo, la debilidad de creer que, al hablar de la sensualidad pura, estas palabras evocan la experiencia concreta de todos los seres humanos.

El lector abundará en el espesor del tiempo. Nací antes de la Segunda Guerra Mundial, que me afectó sobremanera, sin haber sufrido en exceso por su culpa puesto que de hecho me permitió, durante unas largas vacaciones en Livradois, conocer un campesinado y un modo de vida desaparecidos. Mis estancias africanas aparecerán entre líneas, al igual que la enfermedad. Y, por doquier, los encuentros, lo insólito, la atenta mirada a la naturaleza, a lo que produce, a los animales, a los ruidos, a los sonidos, a las luces y a las sombras, a los sabores... Y, sobre todo, a los demás.

No habrá lugar, o muy poco, a las incursiones en mi vida privada. Como tampoco habrá lugar a los placeres de la vida intelectual, de la investigación o de la escritura a pesar de la intensidad de todos ellos. No hablaré tampoco del amor, si bien su presencia ha sido preeminente en mi vida, como imagino sucede también en el caso de los lectores. ¿De qué se trata, pues?

Hay una cierta gracia y ligereza en el mero hecho de existir, más allá de las ocupaciones, más allá de los sentimientos potentes, más allá de los compromisos políticos y de todo tipo, y es precisamente de ello de lo que quiero hablar. De ese pequeño plus que se nos ofrece a todos: la sal de la vida.

13 de agosto de 2011

¡Qué alegría recibir ayer su postal y saber que se ha tomado unas vacaciones en este lugar de ensueño! Así que ha ido a parar a las brumas escocesas... Sin embargo, usted no ha ido a «robar» unas vacaciones como el que anda merodeando para sisar unas frutas. Más bien es su propia vida la que usted roba a diario.

Contemos una esperanza de vida media de 85 años, es decir, 31.025 días, y una media de ocho horas de sueño diario poco más o menos; tres horas y media para hacer las compras, preparar las comidas y consumirlas, lavar los platos, etcétera; una hora y media para la higiene personal, el cuidado del cuerpo, las enfermedades, etcétera; tres horas de tareas domésticas, los niños, el transporte, recados diversos, bricolaje, etcétera; ciento cuarenta horas de trabajo al mes a lo largo de 45 años a razón de seis horas diarias, pero sin tomar en consideración si uno se lo pasa bien o no; una hora al día de relaciones sociales obligatorias, conversaciones vecinales, el café, asambleas, seminarios, etcétera. ¿Qué nos queda para esas cosas que constituyen la sal de la vida?

¿Qué nos queda para las vacaciones, el teatro, el cine, la ópera, los conciertos, las exposiciones, la lectura, la música que escuchamos o practicamos, las artes en las que nos ejercitamos, el paseo reconfortante, las excursiones, los viajes, la jardinería, las visitas amistosas, la ociosidad, la escritura, la creación, la fantasía, la reflexión, el deporte (todos los deportes), los juegos de mesa, el juego sin más, los crucigramas, el descanso, la conversación, la amistad, la seducción, el amor y, por qué no, los placeres culpables? Se habrá percatado de que ni siquiera he mencionado el sexo... ¿A que no lo adivina? En total, le queda una hora y media al día durante la vida laboral y unas cinco horas y media después.

Y usted, usted alarga las horas de trabajo sobreponiéndolas a todas las demás, haciendo cruz y raya sobre todas las cosas agradables a las que aspira nuestro yo profundo.

13 de agosto, unas horas más tarde

Me he dejado muchas cosas en la lista de temas que conforman la sal de la vida, de modo que voy a continuar siguiendo el método de los surrealistas: con el fluir de la asociación de ideas y la inspiración. Tal vez todo esto le parezca hedonista porque he dejado de lado los refinamientos del placer intelectual, o el compromiso, o tal vez se le antoje muy poco serio aunque no hable de sexo. Sin embargo, se trata de cosas muy serias y muy necesarias para conservar la «afición» por la vida: le hablo de los escalofríos íntimos que nos producen los pequeños placeres, de los interrogantes e incluso de las contrariedades si dejamos que concurren sin trabas. Prosigo.

... me he dejado la risa loca, las conversaciones telefónicas hablando de lo divino y de lo humano, las cartas manuscritas, las comidas familiares (algunas) o entre amigos, las cervezas en la barra, las copitas de tinto o de blanco, el café en una terraza, la siesta en la sombra, unas ostras junto al mar o unas cerezas en un árbol, las rabietas de broma, mantener una colección (de piedras, de mariposas, de cajas ¿qué más da?), el bienestar de un fresco atardecer de otoño, las puestas de sol, estar despierto por la noche cuando todos duermen, intentar recordar la letra de canciones de antaño, buscar olores o sabores, leer el periódico en paz, ojear los álbumes de fotos, jugar con su gato, construir una casa de fantasía, vestir una mesa, dar una calada ociosa a un cigarrillo, escribir un diario, bailar (¡oh!, ¡bailar!), salir y divertirse, ir al baile del 14 de julio, escuchar el concierto de Año Nuevo como millones de personas más, echarse en el sofá, deambular por las calles mirando escaparates, probarse zapatos, hacer el payaso e imitar a los demás, descubrir una ciudad desconocida, jugar al fútbol o al Scrabble o al dominó, hacer juegos de palabras y trabalenguas, contar tonterías, preparar un plato sofisticado, salir a pescar con caña, hacer jogging o jugar a la petanca, dar vueltas a una idea, ver una película antigua por televisión o en una sala de Arte y Ensayo, silbar con las manos en los bolsillos, estar en babia, saborear momentos de silencio y de soledad, correr bajo la cálida lluvia de verano, mantener una larga conversación en la penumbra, los besos en el cuello, el olor de los cruasanes calientes por la calle, los guiños de complicidad, el momento en que todo se calla en la naturaleza..., escuchar los gritos alegres de los niños en el patio, hartarse de helados o de chocolate, descubrirse atractivo para otros, que te miran y te escuchan, sentirse ligero de piernas, holgazanear por la mañana en la cama, ir en un barco de pesca, observar a un artesano, detenerse para escuchar a un charlatán (¡caray, de eso hace ya una eternidad!), disfrutar de un espectáculo callejero, coincidir con amigos que perdimos de vista hace siglos, escuchar de verdad a alguien...

Y olvido todavía tantas cosas...

¿Qué es lo que más echaría de menos si todas estas cosas desaparecieran de su vida para siempre?

14 de agosto

Corro el riesgo de aburrirlo a muerte.

... escuchar religiosamente música de Mozart, de los Beatles o de Astrud Gilberto, ir y volver en una noche a Suiza para asistir a un concierto de su cantante preferido, cebarse de fresas silvestres, tomar un camino costero un día de mucha ventisca, esperar un eclipse o el vuelo nocturno del Gran Duque, romperse los sesos para descubrir qué puede agrandar al otro, andar con los pies descalzos, prestar oídos a voces que llegan del mar, estirarse y bostezar, encender sólo una pequeña lámpara o unos grandes proyectores, lanzarse a una aventura amorosa y dar cumplidos, estar al acecho de miradas evocadoras, doblar la esquina de una página aunque no esté bien hacerlo, enviar de vez en cuando la educación a freír espárragos, olvidarse de recoger la correspondencia, pasearse del brazo o darse la mano, andar a contracorriente, sostener la puerta a un elegante caballero como los de antaño, acurrucarse o encogerse en posición fetal, respirar el aire fresco de la mañana, observar las ramas sacudidas por el viento, hacer una hoguera que crepите bien, zamparse salchichón con pepinillos, estar al acecho del minuto (a y veinte, a menos veinte y a en punto) en que pase un ángel fugaz, meter la pata, revolverse el cabello alocadamente, sonreír a quien no se lo espera, hablar seriamente de un tema frívolo y bromear sobre un tema serio (pero ¡no con cualquiera!), no dejarse enredar por el idiota o por el sabelotodo de turno, disfrutar sin complejos de lo que a uno le gusta (rugidos de motor incluidos), escuchar a la vida misma, dormir espatarrado sobre la espalda, saludar con la mano al estilo Colombo, subir las escaleras de cuatro en cuatro, llegar a alguna parte sin aliento, llorar en el cine, manifestar las emociones o, por el contrario, mantener una actitud de calma estoica, callar-admirar-escuchar, retomar la bicicleta o el piano o el tiro al arco..., utilizar durante un paseo relajado los baños lujosos de un gran hotel, dejarse caer en un sillón demasiado profundo, recoger pequeños objetos incongruentes, meter las manos en el musgo del sotobosque o en la espuma jabonosa, escuchar el redoblar de tambores del pregonero del ayuntamiento (ya no quedan) u organillos de feria (tampoco quedan), perseguir corriendo a un amigo, sentarse junto a una ventana abierta, despertarse en un lugar que no se reconoce, sentir el palpitar del corazón, sopesar argumentos, sopesar un melón, reencontrarse con un amigo de la infancia, recuperar recuerdos olvidados (¡Dios mío, es cierto!), tomarse un tiempo para decidir una tontería (y decidir de una corazonada cosas importantes), seguir el vuelo de una golondrina entre una bandada, observar desde lo alto un gato que no sospecha esa mirada, reírse entre dientes, esperar la hora azul, regar las plantas y hablarles, apreciar el tacto del cuero de buena calidad, de un melocotón o de una cabellera, estudiar minuciosamente el fondo de la Gioconda o los detalles finísimos de Vlainck, sobresaltarse de placer al escuchar el timbre de una voz, partir a la aventura, quedarse en la penumbra pensando en las

musarañas, probar con la punta de la lengua unos saltamontes asados, mantener una conversación sin fin con viejas amigas, imaginar bonitas historias...

15 de agosto, 18.27 horas

Continúo a riesgo de aburrirle, porque a partir de aquí la cosa se complica. Tengo la impresión de estar cavando un hoyo a la orilla del agua. Al fin y al cabo, le estoy dando pistas para el día en que, dentro de veinte años, alguien le pregunte cómo era yo.

... susurrar al teléfono, concertar una cita con años de anticipación, quedarse extasiado ante el porte de Robert Mitchum, el paso de Henry Fonda, la sonrisa de Brad Pitt, la belleza romántica de Gene Tierney o de Michelle Pfeiffer, la ingenuidad de Marilyn Monroe, la gracia de Audrey Hepburn, saborear una *coppa del nonno* en Florencia, suspirar de alivio, vagar entre los estantes de unos grandes almacenes, ir en jeep por pistas echas polvo, comer con las manos y en cuclillas de un plato, compartir una nuez de cola o una barra de chocolate, pasar miedo en el cine, leer novela negra o un buen libro de ciencia ficción, tomar sin el menor rubor el mejor melocotón de la bandeja de frutas, sacar con cuidado el caracol de mar de su caparazón, comer en un hostel de carretera auténtico con manteles de cuadros, tintar un cristal, ir a ver un buen partido de rugby, jugar a la Belote o al Rummy o a la canasta, o al parchís o al dominó, ser un mal jugador entre otros malos jugadores, protestar con vehemencia por una fruslería, negarse a tratar con personas temperamentales (niños incluidos y regalarse el gustazo de hacerles muecas en las tiendas), regalarse también el gusto de reservar un taxi y observar las colas de espera en las paradas (*Suave, mari magno...*), tener un paraguas cuando se precisa y que sea suficientemente grande para varios, caminar a paso ligero, arrastrar los pies por la hojarasca, sonreír con ternura a la foto de la abuela, escuchar al cárao común durante la noche y a los grillos durante el día, hacer un ramo con flores silvestres, observar cómo desaparecen las capas de neblina, seguir la carrera de una liebre campo a través o la de Trintignant por el puerto de Niza, intentar escoger el momento en que uno se duerme, sentir el peso del propio cuerpo hastiado de cansancio en la cama, aprobar un examen, dormirse en el hombro de alguien, participar en una fiesta o en un desfile popular, contemplar unos buenos fuegos artificiales, escuchar a Maria Callas o el gemir del viento o el repiquetear del granizo, observar el fuego, comer un sándwich por la calle, andar sobre la arena caliente aunque no demasiado, beber a pequeños sorbos, hacer saltar un juego de llaves, hacer pis en el monte, emocionarse hasta llorar, gritar de alegría ante un lanzamiento imposible de detener en un partido de fútbol, acariciar, que te acaricien, besar, que te besen, abrazar, que te abracen (con amor, complicidad, ternura), sentirse en plena forma, lleno de entusiasmo, de pasión, sentir un arrebató del corazón, reírse de los convencionalismos, admirar la juventud, pegarse un atracón, sentir el cosquilleo de un miedo agradable, sentirse mal y contar con un amigo, deleitarse en secreto con una idea, un proyecto o un recuerdo, salir al asfalto por la noche en la estación lluviosa en Niamey y sentir el olor cálido y especiado de la tierra africana, ver al claro de la luna un par de

leones cruzar silenciosamente la pista, sorprender los ojos de un animal en los faros de un coche, discutir toda la noche, desear que te rodee la bondad, vaciar los armarios, sorprenderse de seguir con vida, entusiasmarse al descubrir de repente la solución de un problema que te ronda la cabeza durante días, recibir un regalo que te gusta, o un signo de amistad o una tarjeta postal, corear melodías populares, tener secretos, imaginarse cosas de manera consciente, gozar de una brisa agradable...

17 de agosto

Y sigue...

... deshacerse ante la demoledora contención de Robert Redford en *Memorias de África* o la igualmente demoledora insolencia de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*, clasificar las lentillas, sacarse una piedra del zapato, tomar un baño de media noche, asistir a una aurora boreal, dar volteretas y más vueltas en la hierba (¡hace siglos ya!), encontrar un trébol de cuatro hojas, conseguir un éxito, recuperar el gusto por las recetas de antaño, calcular los pasos entre las piedras que bordean las aceras, escuchar la tonadilla que anuncia los trenes, imaginar lo que se podrá hacer con un objeto, una casa o un lugar, escoger la corteza del pan bien tostado, coger hierba para los conejos, regar las flores, tricotar una bufanda esponjosa, ver cómo se levanta el telón en el teatro al tiempo que se apagan las luces y cesa el murmullo general, atrapar por los pelos un bocado en un cóctel, llorar escuchando *El viaje de invierno*, ir en busca de la fuente del Loira en el monte Gerbier de Jonc, lanzar un cumplido a una desconocida por la calle, equivocarse de día, de semana o de mes en una cita, volver a ver a alguien al cabo de veinte años como si el tiempo no hubiera pasado, ponerse un perfume que se olvida, saber hacerse olvidar, divertir al personal, alzar a un niño rechinando por su peso pero sin molestarlo con preguntas idiotas, preguntarse dónde estábamos antes de nacer en lugar de qué sucederá después de la muerte, arrugar papel de periódico, recortar imágenes y montar collages, despegar en un avión o aterrizar, mirar con un punto de envidia el plato que se sirve a otra mesa, observar el paso de los transeúntes y lanzarse a la psicología de pacotilla, esperar en la terraza de un café, decirse que hay que hacer gimnasia, pensar de vez en cuando en respirar profundamente, desmontar un clip, montar a mano una mayonesa o unas claras a punto de nieve, descubrir un fruto exótico delicioso, recordar los dichos de la infancia, o los proverbios o los refranes, dar en el clavo con la palabra adecuada, beber cuando se está sediento, no sentirse jamás avergonzado de ser uno mismo...

18 de agosto

... mantener una conversación cómplice con un gato siamés o con un perro de agua bretón, estornudar siete veces seguidas, ser el primero en ver la fecha de la iglesia de Trégunc, hacer un picnic con todo lo necesario, cantar *Stormy Weather* como Lena Horne u *Over the Rainbow* como Judy Garland, intentar cantar *México* como Luis Mariano y no conseguir entonar los agudos, perderse en los cielos inmensos de John Ford, sobrevolar la sabana africana con una avioneta, jugar a hacer cabrillas o hacer la rana, temblar de impaciencia, sentir cómo se te crispan las papilas con el jengibre, tocar las narinas húmedas de un ternero joven, salir a buscar setas, coger arándanos silvestres, ir a buscar conchas cuando hay una gran marea, contemplar la cocina o la habitación o el despacho completamente ordenados, jugar con palabras raras (desaguadero, antifona, mitridización, hápax...), coger el funicular, sobresaltarse por tres disparos en el teatro, jugar al escondite, tener la piel de gallina y el vello erizado, ganar una menudencia en una lotería de pueblo, tener un poco de miedo por la noche al pasar por un camino bordeado de árboles, darse una buena ducha, recibir un masaje en la cabeza, cerrar las maletas, poner la llave en la cerradura, irse de viaje, pescar gambas con las manos (¡se acabó!), cazar caracoles de Borgoña (¡también se acabó!), echarse en una tumbona, esperar al cartero, gritar para escuchar el eco, dar una patada a una piedra, arrancarse una costra bajo la mirada disgustada de los padres (¡eso queda ya muy lejos!), haber sacado un nueve en matemáticas, tocar la armónica o el birimbao, tener la última palabra, hacer una maqueta de madera, terminar un puzle enorme, ver de lejos el monte Fuji o el Kilimanjaro, tener ganas de ir a Bobo-Dioulasso, beber de las palabras de quien amas, contemplar a James Stewart en un buen western y ver serpentear en la llanura a un Spencer Tracy manco, echarse hacia atrás en el sillón horrorizado viendo *Alien* o *La noche de los muertos vivientes*, mirar un tamarindo, dormirse en la consulta durante una resonancia magnética, tranquilizar a la enfermera que no encuentra la vena, descubrir que el médico interno está para comérselo, recibir la reprimenda de un habitante de Lausana por cruzar con el semáforo en rojo, meterse las manos en los bolsillos, saltar y rebotar sobre una cama (¡también hace mucho de eso!), pelar una alcachofa, continuar una metáfora, encontrar unas bonitas gafas de sol, atragantarse con una guindilla, replicar secamente cuando se tercia, domesticar a un animal, apresurarse a escrutar el horizonte en busca de la isla que no aparece sólo cuando amenaza lluvia, sudar tinta con un texto o en una subida en bicicleta...

Diez horas después

... esmerarse por una fruslería, romper unas cerillas, sacar brillo al cobre, dormirar en una conferencia soporífera, hacer crucigramas complicados, jurar como un carretero cuando los objetos se obstinan en ponerse del revés, y de preferencia en bretón (*cor saout, nom de dié mach'er*, ortografía no garantizada), no dejarse enredar por falsos comentarios aduladores, sucumbir a la tentación golosa, subir a las torres de Notre-Dame y soñar con ir a Machu Picchu, empaparse con la espuma de las cataratas del Niágara, dar la vuelta a un enorme baobab, sacar agua de un pozo a pulso y sin polea, sentirse protegido por una mosquitera, abrir un paquete regalo (¿qué es?), ser curioso y ávido del mañana, admirar un enorme asno de Poitou o una vaca de Salers, echarse agotado sobre la cama con la conciencia del deber cumplido, terminar de lavar un montón de platos, subir a la montaña de Menez Hom con niebla, al Puy-de-Dôme en un día soleado, al Mont Ventoux con fría ventisca, abrir el capó de un coche humeante en la zona de la Casse Déserte del paso de montaña Col d'Izoard (en torno a la década de 1950), descubrir una bella caja del tesoro con una mica dentro, tener conciencia del carácter fugaz de las cosas y de la necesidad de aprovechar el momento, recitar con la prosodia adecuada una fábula de La Fontaine, controlar la pereza y el temor al cambio, tomarse una cervecita en una terraza un bello atardecer y descubrir que uno tiene un gusanillo, sentir un ligero escalofrío al caer de la noche, ser impermeable a la perfidia de ciertos comentarios, escabullirse en época de vacas gordas, no ver el atractivo del señor músculos y de sus tabletas de chocolate, llevar a una cabra por los cuernos, encajar el gruñido de una siamesa celosa, identificar instrumentos cuyo uso ignoramos, callarse y no hablar si no es con conocimiento de causa, no sentirse obligado a hacer las cosas como los demás, preguntarse si seríamos capaces de apreciar la vida monacal, sentir curiosidad por todo, andar con los ojos bien abiertos, aspirar con alegría el olor del heno recién segado o el de las algas, dudar del olor del cieno en la marea baja, cruzar un río por el vado o saltando de piedra en piedra, dibujar unos bigotes a la Gioconda (y reírse para sus adentros recordando la surrealista «L.H.O.O.Q»), estarse tan quieto que hasta un pájaro se confundiría, cazar una mosca de un gesto veloz de la mano como Obama, escuchar el discurrir del agua de un torrente, lanzar un grito de quebrantahuesos al sentarse en un coche aparcado al sol...

21 de agosto

... que te obsequien con una pintada o cualquier otra ave de corral viva, tener un montón de cajas, desvanes y armarios profundos, acercarse al vacío, imitar a la perfección la voz, las maneras y la entonación de personas o de animales, acostarse en sábanas recién cambiadas, contemplar santurrónamente los frescos bucólicos de la sala de fiestas del ayuntamiento del XI Distrito de París, hacerse las uñas, levantarse y decir no, trabajar con empeño, partirse de risa con Coluche o con Desproges, con Chaplin y Keaton, quedarse perplejo ante ciertas «obras de arte», negarse en redondo a tener en casa ciertos libros (negacionistas o xenófobos, por ejemplo), sentirse bien aunque sea de modo fugaz con el cuerpo y la mente..., encontrar la manera de sustituir una herramienta que no funciona, recitar la lista de todas las provincias y sus capitales (¡uf, no me apuesto nada!), mondar de risa al ver la moda femenina de la década de 1930 pero rendirse a la de la Grecia antigua, ver cómo nacen los primeros lirios, cortar los cosmos del jardín con atención y cuidado, rastrillar la hojarasca, dar unos golpes de hoz bien regulares, apreciar la calidad del silencio después de una orgía de ruido, sorprenderse y emocionarse al encontrar muestras del pasado, empezar a leer el periódico por la última página, reírse de las consecuencias estrambóticas de las propias dificultades de lateralidad, coger el coche y lanzarse a la carretera antes que todos los demás, o después de todos ellos, o a contracorriente y tener la ilusión de la omnipotencia, cocer un huevo en una cacerola inmensa (como Keaton), por una vez dar en el clavo con la réplica oportuna...

24 de agosto

¿Se acabó?

... hacer silbar una brizna de hierba entre los dedos y los labios, escuchar durante la noche y desde la cama el carrillón de Westminster que aumenta cada cuarto de hora la duración de su cantinela en la cocina de Bodélio, escuchar la «vaca» de Moelan, ver una gran estampida en un western, acariciar la piel suave y ajada de las manos de una mujer mayor, llamar «mamaíta» a tu madre, «tesoro» a tu hija, o «cariño mío» a tu marido y sentir profundamente la intensidad de esas palabras, cenar en el Bons Enfants en un patio particular, saborear una divertida historia rabínica, cantar *Quand on s'promène au bord de l'eau* de Jean Gabin, saber pronunciar correctamente el nombre de la ciudad de Cunlhat, abrir una carta con el corazón desbocado, estar a la intemperie cuando se casa una bruja (*¿What? ¡Oh, perdón!:* cuando llueve y brilla el sol), predecir que mañana lloverá por la posición de los rayos del sol cuando se pone, llamar «caballero» con tono solemne a un adolescente, escuchar la voz meliflua de Rina Ketty esperando «el regreso», o la voz picante de Mireille en «el caminito», admirarse al acertar con el tono de un color, brincar con Charles Trenet y mirar con Yves Montand las piernas de la joven de un columpio, llamar con sentida emoción interior por el nombre de pila a alguien a quien se venera y tutearlo cuando te lo ha pedido, despertarse en París con Jacques Dutronc, lamer a conciencia un plato y no dejar ni una miga, sentarse al sol en Roma en la piazza Navona en febrero y comer una ensalada de rúcula con una copa de Orvieto, hacer que se te refleje en la barbilla el amarillo intenso de un botón de oro, comer uvas arrancadas directamente de la parra de una casa, ver cómo grandes gotas de agua se estampan contra el suelo o un arcoíris inmenso o una luz lejana en una oscura noche o una estrella fugaz o cómo pasa a lo lejos una silenciosa nave espacial, tener una hucha, un amuleto, una cintura de avispa, sorprender a un animal ensimismado, sentir la densidad de un silencio concentrado, entrar en la palabra como se entra en la arena, dar por fin con la palabra justa, esperar una llamada, entristecerse porque un canto rodado pierde su bello color al secarse, tener la fantasía de tener un caserío con postigos verdes junto a una encrucijada de caminos en medio del bosque, admirar una gran escalinata dotada de dos elegantes tramos de escaleras, u opulentas malvarrosas, o un tejado de tejas barnizadas, cantar a cappella y al unísono, vibrar con el timbre de una voz, descubrir de sopetón un parecido turbador e inquietante y comportarte con el recién llegado como si fuera un antiguo conocido, hablarse a uno mismo *in petto*, guardar fielmente una idea clara de las personas a las que hemos amado, recibir las galeradas de un nuevo libro, comer de un panal de rica miel cosechada con ahumador, comer un rábano a mordiscos, hacer compota de manzana o tartas con pasta de hojaldre, beber sidra fresca, dormir al raso bajo las estrellas, admirar el trabajo nocturno de las termitas

en unos zapatos olvidados en el suelo de una cabaña, beber en una calabaza cerveza de mijo caliente pasándosela al vecino, hacer un largo viaje por pistas sin pinchar la rueda, entrever al final del pasillo las zancadas rápidas y el faldón blanco del jefe de servicio que estamos esperando en el hospital y sentirse reconfortado, lleno de vida y de bienestar, amarlo todo de la vida rústica, incomodidades incluidas, entablar una conversación con facilidad, asumir lo que uno odia, cuidar las vacas, sacar vino de un barril, mirar las manos expertas del médico, capaz de identificar el problema con las yemas de los dedos, hacer un comentario cómico y no darse cuenta hasta que los demás se parten de risa, bajar en coche la calle de Belleville de un tirón, ir a la peluquería, hacerse la manicura...

2 de septiembre

Es como una droga, continúo.

... mantenerse inmóvil ante una mamba negra que ha tenido un mal despertar, adorar al *Dr. House* o a la joven gótica con coletas de *NCIS*, o al personaje de *Ally McBeal*, saltar a la comba entre dos amigas que la hacen girar cada vez más rápido (pura prehistoria...), deleitarse con un Gin Fizz con el borde del vaso helado o con un Campari Soda, pegarse un atracón de pistachos o de nueces, remojar un terrón de azúcar en la taza de café de tu vecino, rascar con la cucharilla la espuma azucarada del fondo de la taza, seguir el ataque de un enjambre de abejas en la sabana, aspirar el olor penetrante del alquitrán caliente o el olor vagamente nauseabundo de la fabricación de la manteca de karité, salir deportivamente de rodadas demasiado profundas para los neumáticos, imaginar lo que hay debajo del vestido de miriñaque, hacer un inventario de todos los tipos de taparrabos que existen, conseguir incorporarse sola en una cama de hospital, saber que vendrá la persona que estamos esperando, llegar a la cima de un pico y ver que el paisaje se abre como una corola, sentir cómo la tierra gira sobre tu cuerpo mirando las nubes..., calcular el tiempo entre el rayo y el trueno, escrutar la oscuridad y ver en ella formas extrañas como lamias, fingir que sabemos leer el marro del café, intentar en vano barajar correctamente un juego de cartas, volver un día de un curso de cocina con aire triunfal por haber aprendido a preparar apio *rémoulade* y cebar a la familia con la receta durante días, acordarse de las meteduras de pata sin el menor rubor, haber asistido a la misa de medianoche en Sant-Augustin resbalando por la rue du Général-Foy, cuyo pavimento era de madera por aquel entonces, haber sido la bomba en lanzamiento de pesos y un desastre en cualquier otro deporte, haber intentado identificar quién se merecía las felicitaciones del decano Aymard antes de descubrir que era yo misma, llevar un bonito vestido rojo en la boda de un camarada, hijo de un embajador en la URSS, con una novelista ya famosa (hace mucho), subir las cuestas en bicicleta como Gino Bartali pero frenar como una loca en los descensos, reír en los coches de choque aunque te parezcan espantosos, ir al baile en la plaza con sólo un acordeonista y un batería, bailar el vals de maravilla pero que también te guste la java, la rumba, el pasodoble, el tango e incluso el rock (¡sí, sí!), pasar una noche en vela por terminar una novela, pasar una noche en blanco velando al primer muerto de la familia (la bisabuela por parte materna), pasar una noche en vela junto a tu hijo, escuchar un pequeño aire de Mozart que cada vez te destroza el corazón, caer del estrado delante de cien personas, levantarse y continuar como si nada hubiera sucedido, jugar al retrato chino: «Si fuera...», andar por el mar, rozar una planta sensitiva, coger con tiento los frutos de un cactus, acariciar a un erizo domesticado, tener una oveja que se llame *Pedro*, asistir a un combate de la gata *Petite Demoiselle* (que gana) contra un ratón en un granero, comer en

Livradois el mismo día pan de centeno caliente cortado en un cacharro de barro, patatas «para los cerdos» cocidas en un enorme caldero, mantequilla recién batida y polenta de mijo con cerezas negras (fue durante la guerra y parece que fue ayer), acordarse de *Ici Londres*, haber visto guerrilleros en Auvernia, haber soportado, refugiada en el sótano, los bombardeos de Sant-Étienne, Firminy, La Ricamarie, Rives-de-Gier, haber disfrutado del almíbar de azúcar moreno que rezumaba de las compotas y los pasteles de patata (el «mazacote»), haber asistido al gran mitin de la izquierda en la puerta de Versalles con François Mitterrand, Georges Marchais y Robert Fabre, haberme enterado de Mayo del 68 en plena sabana gracias a un transistor de un emigrante de Ghana que crepitaba, haber reaccionado violentamente ante la opulencia de nuestras calles comerciales tras pasar estancias ascéticas en África, haber asistido a algunas de las primeras reuniones del Movimiento de Liberación de las Mujeres cerca del parque Montsouris, conservar todos los obsequios recibidos, informar amablemente a turistas y a personas despistadas sobre el camino que hay que seguir a riesgo de llegar tarde, escribir a mano, obnubilarse mucho tiempo por un encuentro futuro o con un punto de un argumento que todavía hay que desarrollar, o por la mejor manera de exponer una idea, preparar el té, organizar un almuerzo improvisado, recuperar el sentido después de un coma en una sala de reanimación y pensar por un instante que había llegado el final, ser feliz cuando tu hijo lo es, ser una esponja de sentimientos, sentirlo todo con suma intensidad pero disimularlo..., que desaparezca el dolor de muelas (o de lo que sea), hacer chirriar una puerta, un peldaño o una tiza en una pizarra, verlo todo con una claridad meridiana en la imaginación, adorar la horrible foto de tu madre vestida con el maillot ciclista posando para el periódico local junto a su bicicleta de más de sesenta años después de una carrera de aficionados, sentirse incapaz de tal proeza, dudar siempre de las propias capacidades e inquietarse por la veracidad de las palabras de elogio recibidas (¡fuimos muy bien educados para la modestia!), saber que eres Escorpio con ascendente Cáncer y leer jocosamente los horóscopos, exasperarse por los titulares impactantes de los periódicos en las entrevistas o en los textos que se les remiten, poner satisfecho monedas de dos euros en una caja para que no te cojan desprevenido, mantener el miedo a la escasez a causa de las «restricciones», angustiarse por el temor a quedarse sin gasolina y a no encontrar hotel donde pernoctar cuando cae la noche, sobre todo con niños en el coche, esperar a tu hija a la puerta de la escuela o prepararle la merienda, cartearse con ella con dibujos tan torpes por un lado como por el otro, jugar a las bellas durmientes, reírse con el anuncio «Tú pasa el Pronto y yo el paño», no conseguir acordarse de anécdotas divertidas, confiar en tu hermano y no aburrirte nunca con él, no ser «cansino» sin renunciar a las opiniones personales, odiar el tono tajante, las maneras rígidas, groseras, ofensivas, las miradas de desdén, la ausencia de consideración para con los demás de los que se creen superiores por el motivo que sea, hablar y comportarse del mismo modo, con el mismo tono y el mismo lenguaje con todos, considerar que la palabra «amabilidad» nos remite a una gran virtud, no ceder al mal humor, respetar un compromiso, ensimismarse contemplando un hormiguero en plena actividad, andar por un prado para ver brincar a los saltamontes, saber dónde

anidan las ardillas rojas, tener unas llaves enormes de la verja de un jardín, dejar que crezcan malas hierbas entre las piedras de una terraza, no poder prescindir de unas capuchinas en el parterre, hacer avanzar una marioneta sobre el dedo, vigilar la leche en el fuego y retirarla en el momento oportuno, hacer una mousse de chocolate con la receta de siempre (con mantequilla) de tu madre, sentir la nostalgia de unos huevos *en meurette*, quedarse ingenuamente atónito ante un juego de manos, quedarse maravillado por un bello espectáculo o subyugado con un discurso hermoso...

4 de septiembre

... que unos amigos a quienes quieres te inviten al campo y descubrir por un lado el océano más abajo, por el otro el jardín de cura de los franceses, con su huerto y sus flores de antaño, considerar admirable el majestuoso bigote del tío abuelo Joseph, al estilo del líder galo Vercingétorix, y la voz ronca (porque fue gaseado en el 14) de su viejo primo Pierre, al igual que la (traqueotomizada) de Henri-Irénée Marrou, saborear un café (con leche para los que les guste) y galletas compartidas de forma equitativa con los perros y los gatos de la prima Nini sentados pacíficamente en los bancos que rodean la gran mesa de L'Imberdis, municipio de Grandval, leer a Henri Pourrat, que ubica antros de brujas en L'Imberdis, que te guste Alexandre Vialatte y sus crónicas espirituales, estirarse con calma, ponerse las manos en la nuca y los pies en la mesa de centro (por desgracia no es posible ponerlos sobre la mesa del despacho como en las clásicas películas americanas), desear romper algún día una cerilla con la suela del zapato o tener metafísicamente un revólver como Humphrey Bogart, volver a ver *Dos hombres y un destino*, *El beso mortal*, *El increíble hombre menguante*, *Viento en las velas*, *Dublinese*s, haber escuchado religiosamente la lectura cotidiana a las cinco de la tarde del monólogo de Molly en Europe 1 (pues sí, en sus inicios era una radio casi cultural), asustarse de los *deadlines*, hojear catálogos como los de Manufrance, cuyas páginas, según cuentan, acostumbraba a pasar a los tres años estudiando con meticulosidad cada imagen, sondear algunas páginas de un libro antes de retomarlos para leerlos de principio a fin si la primera impresión fue buena, descubrir palabras nuevas (¡ah, qué maravilla el término «procrastinación», sospechosamente descubierto de manera tardía!), llorar ante el televisor cuando el guepardo encuentra a su hermano herido de muerte y gira en derredor reprendiéndolo al tiempo que el herido lo sigue con la mirada y gime como un niño..., esperar el momento en que el oso se alza en todo su esplendor ante un Tcheky Karyo paralizado por el pánico y la humildad, descubrir estupefacta a un Leonardo di Caprio interpretando a un adolescente con discapacidad mental y risa nerviosa que sólo sueña con subirse a una torre de agua, o a Robert de Niro hablando solo en su pequeña habitación («you talkin' to me?»), salir a un andén del metro desierto, correr bajo una tormenta atronadora y refugiarse risueña bajo un tejadillo, probar el caramelo salado, atravesar un bosque o un parque enorme de acacias albidas o un desierto o unas salinas o los manglares, o la llanura de la Dombes, reflexionar sobre la forma o los colores de una flor de alcachofa o de un grano de eucalipto, intentar imaginarse el trayecto de la voz que nos llega desde Sidney, saltar de impaciencia cuando se acumula el retraso (se te han pegado las sábanas, no hay taxis, atascos...), observar el trabajo de un herrador itinerante, ver pasar los asnos y las cabras con sus cencerros de vuelta del jardín de Luxemburgo o la Guardia republicana a

caballo, o un séquito de coches antiguos de paseo por una carretera secundaria, recolectar moras, escapar de un toro furioso o de una oca disgustada o de un buen perro guardián, mirar con desprecio a unas vacas curiosas que se tragan de un lengüetazo las setas que ibas a cazar, sonrojarse y odiarse por ello, amar con ternura a alguien que ni se lo imagina..., compartir un plato en el restaurante, pedir a ciegas un plato en el extranjero, sacar brillo a un armario antiguo, no cansarse nunca de Miles Davis ni de Thelonious Monk, poner en su lugar a un misógino utilizando sus mismas expresiones, verter —de pura bondad— agua de azahar en el vaso de tu abuela materna que se sorprende entonces del sabor extraño del vino: «Te lo aseguro, Etienne (el yerno), ¡este vino es imbebible!», quedarte sorprendentemente enganchado en una conversación telefónica con desconocidos, escuchar a las abuelas hablar de la familia durante horas, maravillarse ante las obras de Hokusai o las caligrafías o los azulejos o los taparrabos, tener un cesto lleno de pulseras africanas...

6 de septiembre

... recelar de una mancha intempestiva de color escarlata en tu pantalón blanco, evitarla y llegar a tiempo a casa, beber a morro o a chorro, poner del revés una hogaza de pan y acordarse de los reproches ancestrales: «No es así (del revés) como se gana el pan», disponer las frutas en una cesta, estar en un coche con los cristales tintados y que no te vean desde fuera, descorchar una botella con una cepa de viña y hacer vibrar con fuerza el «plop» que hace el tapón, cazar gusanos de luz, oler repentinamente en la calle la colonia de tu abuela, admirar los vestidos de la película *Piel de asno*, soñar con tener las piernas largas y esbeltas o el aire melancólico de las madonas italianas con el bebé en el regazo o el tono rubio y pálido de Tilda Swinton, haber querido caerme muerta el día (hace mucho) en que Claude Lévi-Strauss me preguntó ex abrupto si tenía algo que decir después de una conferencia de la que no había entendido ni papa, jurar no hacerle nunca a nadie la misma jugada, escoger con tiento una pulsera para una amiga, reconfortar a un alma en pena, recibir castañas confitadas, haber visto a Edwige Feuillère y a Jean Marais —vestido con los típicos pantalones bávaros de cuero con tirantes que le hubiesen podido quedar muy ridículos, pero no fue así— *El águila de dos cabezas* en el teatro Hébertot, haber recogido junquillos en Saint-Nom-la-Bretèche, haber olido de cerca el potente hedor de un verdadero macho cabrío, contemplado durante horas dos cromos clásicos de la colección *Las etapas de la vida*, quedarme subyugada por la belleza de mi padre y sus grandes y finas manos, aspirar profunda y lentamente y con los ojos cerrados el olor secreto del alquitrán y del mar en el cabello sobre la sien de alguien a quien amas y que se presta al juego, pintarte una bonita raya azul en los ojos, sorprenderte por las lágrimas de la joven que dice estar emocionada de conocerte, intentar tocar por sorpresa las antenas de un caracol, recibir por un descuido una descarga eléctrica en el codo, admirar la bella ralea de un grupo de adolescentes, extasiarse ante el color y la forma evanescente de una flor de hibisco, considerar —a causa de la firmes certezas que giran en torno a la cifra 40— que tener 40 años es ser más viejo que tener 50 o 60, preocuparse por algo, asustarse con facilidad por culpa de una torpeza o de un descuido o de un retraso o del qué dirán, que alguien que te importa se fije en ti, sentirse feliz y contento de lo que uno acaba de hacer...

10 de septiembre

... no haber leído nunca a ciertos escritores pero acordarse encantado del misterioso «morne» antillano del primer libro de verdad de nuestra infancia, haberse enamorado del capitán Charles-André Julien-Brun que dirigía la orquesta de las corales de los alumnos de secundaria de París cuando se distribuían los premios del Concurso general de la Sorbona entre 1946 y 1950, haber vivido dos meses, durante la escarlatina del propio hermano, antes de los antibióticos, en una residencia para sordos, y haber pasado unos años en las monjas Saint-Charles de la escuela Sévigné de Saint-Étienne, gozar de la soledad y esconderse cuando hay demasiado alboroto, captar los parecidos y sin embargo ser incapaz de dibujar, devolver la vida a los muertos hablando de ellos, lanzarse injurias mentalmente por las propias pusilanimidad, pereza, dudas e incertidumbres, falta de continuidad, susceptibilidad, lentitud, glotonería, tendencia a dejar para mañana, el miedo a «molestar» y un montón de defectos más, haber comprendido el adjetivo «sospechoso» utilizado por un amigo para explicar el doloroso final de sus experiencias afectivas y preguntarse cómo se vive sin confianza, haber sentido en ocasiones —cuando se detiene el dolor— un sentimiento de felicidad absoluta que te alcanza el corazón y casi duele, conocer a alguien tan despreocupado por lo cotidiano que tiene que mirar por la ventana si le preguntas por teléfono si hace un buen día o si llueve, utilizar en tu fuero interno frases lapidarias y los crudos y refinados improprios de la abuela: zorruncio, imbécil del culo, atontada, chismosa, fantasma, zampabollos, guerrera, armario, marimacho, manazas, estirada, bendita ignorante, golfilla, mala de la película, vaga, engreída, vejestorio, más tonta que un botijo, pajarraco, pesadez, feúcha, putilla, mentirosa, remilgada, no tiene donde caerse muerta, papanatas, miserable... ¡Todas ellas buen testigo de sus ideas morales y de su concepción de género!..., rebelarse también mentalmente cuando un adulto te sitúa en la categoría de abuelos —¡sí, hombre, y qué más!—, estar encantada de tener pocas arrugas y apenada por algunas feas cicatrices, admirar a los recién nacidos, las manos minúsculas, los ojos redondos y la boca perfectamente definida, todos los lugares por los que pasarán el saber y el amor, dejarse caer de vez en cuando por la feria de ovejas y cabritos de Marcigny, disfrutar en un mercado con el ojo fresco del pescado, las frutas apiladas, los trozos de queso Cantal, la parada de las verduras, deleitarse haciendo inventario de las riquezas de las ferreterías, de las mercerías, de las pasamanerías, temblar de emoción con la idea de hacer una sorpresa agradable, contar historias, leer en voz alta, haber amado a cuatro gatos: una gata de Auvernia tímida y de pelo gris, *Roulette*, una siamesa azul intransigente y voluble, *Julie*, una bretona atigrada y espabilada, *Petit Mère*, y su hijo, *Mitchum*, un atigrado rosado y suave de pecho aventajado, no haber conseguido saciar a una cabra golosa de nombre *Aglaé* después de cuarenta y ocho pasteles de manzana,

pastas rellenas de chocolate y pasas, palmeras y brioches, y haber emborrachado, de niña (junto con una hermana y una prima), a una vieja cabra tremendamente rústica con una crema al ron...

15 de septiembre

... haber tenido la colección *Cahiers du cinéma*, lamentar no tener una cabeza para sombreros, haber disfrutado vistiendo de rojo y luego de negro y ahora de azul, haber sollozado en silencio durante horas viendo las «comas» que caían de las torres del 11 de septiembre, volverse loco con los juguetes antiguos que hay que volver a montar, buscar —aunque siempre en vano— el sabor de las reinetas de Le Mans, los albaricoques de la gota miel, los melocotones de viña o las grosellas espinosas, emplear sin complejos palabras y giros que son inventos familiares o modismos locales: no vayas «husmeneando» por la cocina, que acabo de pasar el «mocho»; en esta casa todo está «chueco» (no hay ángulos rectos), ¿qué andaré «venteando» tantas horas?, tener voz de «cazalla», «morrearse», aquí se va a armar «la de Dios es Cristo», llevo los pantalones «chafallados», entusiasmarse con los jeroglíficos y las adivinanzas, alucinar con la propia candidez y que te parezca bien, que te saque de quicio un imbécil troglodita capaz de decir de *El segundo sexo* que «no está mal para una mujer» y ponerlo en el insignificante lugar que se merece con cuatro palabras, tomar el gran paseo de Bodélio en la época de su esplendor antes de la Gran Tormenta, haber conocido un gato que pedía salir con vehemencia cada vez que una joven sacaba su violín de la caja..., haberse mondado de risa al ver a su propio padre imitar a un gorila y haber temblado de miedo ante la escena de apertura de *La máscara del demonio* de Mario Bava y haber sufrido pesadillas durante mucho tiempo a causa de *El lobo de Malveneur*, reírse «a mandíbula batiente» o «llorar como una Magdalena» sola al evocar ciertos recuerdos, sentirse serenamente como en casa en la unidad de medicina interna de La Pitié, haber pasado la varicela con las manos atadas para no rascarse, haber guardado vacas fabricando rosarios, haberse paseado sobre el enorme lomo del perro pastor *Bijou* en compañía de Mirette, haberse lanzado a golpe de palo contra los gallos que a los ojos de un niño atacaban a inocentes gallinas saltándoles encima, lamentar no haber presenciado nunca un parto ni humano ni animal a excepción de los de la gata *Julie*, haber desayunado en casa de François y de Marie Friteyre en L’Espinasse, Livradois, con excelente charcutería casera y un guiso típico de Auvernia con panceta y un montón de verduras, y después un civet de liebre («una libre que conozco», decía el primo que la había cazado), y después un asado de ternera «de granja» con guarnición de enormes alubias blancas de Soissons y patatas parisinas salteadas con aceite de nueces, además de ensalada, quesos de cabra caseros y peras al vino con galletas, rematado con una tarta de manzanas (¡uf!) y café y una copita de licor local, extenuación y embelesamiento garantizados, despertar de una larga indisposición parecida a un tornado y decirse que debe de hacer buen tiempo fuera, haber intentado apaciguar a una persona extraviada que no cesaba de llamar a la enfermera durante la noche, sentirse arrastrada por una marejada potente y

rítmica y olvidar la finitud, ir a tientas en búsqueda de una lámpara eléctrica (que se niega a funcionar), acordarse décadas después de un simple vestido de organdí que picaba, dudar si poner la mano debajo de una piedra después de haber visto *El tesoro de Sierra Madre* y si tirar alegremente un sobre con tu nombre y dirección a una papelera después de haber leído a Patricia Highsmith, pensar al azar quién se encarga de que no seamos contemporáneos de personas a las que nos habría gustado conocer, decirse que un león con una espina en la pata o un pincho de puercoespín en el hocico debe de sentirse muy discapacitado, escuchar la propia voz por un altavoz, sentirse bien en el ambiente de los cementerios de las pequeñas ciudades el día de Todos los Santos, ver a Frankenstein en persona, alias el sepulturero, salir al crepúsculo del cementerio de Bertignat, allá en lo alto, haberse ocupado de camadas de gatitos y de gorrinos supernumerarios que mamaban de una cabra, acordarse de paseos y pendoneos por calles engalanadas, preguntarse con una cierta turbación qué habríamos hecho en circunstancias que no hemos tenido la desgracia de vivir..., lanzarse a una lucha sin esperanza contra las ruedas de los carritos y los goteros, detestar la resistencia de los objetos y de las cosas inertes, medir la diferencia en la percepción del pasado entre los propios recuerdos y los de tu hermano o tu hermana, de tu marido, de tu hija, sorprenderse por la capacidad de adaptación de la especie humana, hervir por dentro ante una feliz estupidez o la fanfarronería o la autosuficiencia o la cobardía o la maldad de algunos, negarse a hablar «bebé», sonrojarse por la propia pronunciación en inglés, imaginarse el rostro de una persona a partir de la voz, compadecer a las estrellas del cine mudo que, como John Gilbert, tenían una voz de falsete y que desaparecieron de un plumazo, sentir debilidad por las voces profundas, o dubitativas o precisas o veladas o cálidas o risueñas o dulces y asignarles a cada una de ellas un físico o una edad eterna, saborear en boca el sonido de la fresca «pizpireta» o el travieso «guirigay» o la grotesca «chafarrinada» o el asustadizo «Trastevere» o el énfasis de «su seguro servidor» o la simplicidad de «Nosotros, el pueblo...» o la compunción de «razonable» o el fulgor de «recuerdos», volver de Italia en un Fiat amarillo descapotable, plantarle cara a algo en el momento oportuno y con la dosis justa, abrir de par en par postigos y ventanas y crear corrientes de aire, tener un escalofrío en el instante en que crees haber «cogido frío», sobresaltarse con un portazo, ver cómo se secan las sábanas colgadas al viento, admirar las bellas glicinas de las casas particulares de Redon, sentir el corazón alegre al ver en todas partes, o casi, las mismas fachadas de las estaciones, que te gusten las eólicas, esos grandes pájaros que sin embargo a veces amenazan a los de carne y hueso, sentirse fundamental, radical y tranquilamente feliz de pertenecer a tu sexo pero que el otro te guste por igual, encontrarse un día, tras meses de ausencia, un nido de ratones grises en la cama, echar una bronca a los lirones a través del techo, asistir impotente a un ataque de cuervos sobre un nido de lechuzas, instalar en los árboles grandes platos de grasa y grano para los pájaros al comienzo del invierno y encontrarlos vacíos en primavera, soportar el Harmatán que te seca los labios y te quema los pulmones, compartir el gozo infantil de sacudirse de las primeras lluvias cálidas de junio, ver en un patio de muros de arcilla la Mercedes sin ruedas juguete de los niños en el recinto de Yatenga Naba de

Ouahigouya, haber sido manoseada por las manos secas e indiscretas de unas señoras mayores en plena sabana que querían comprobar de qué sexo era ese extraño individuo, haber deseado, como Simone Simon, ser demasiado bajita para su gusto, quedarse consternado ante la opulencia imbécil de los grandes, que no te guste bañarte, temer el resultado del corte en la peluquería salvo en el caso de Stéphanie, tener debilidad por las novelas epistolares del tipo *La sociedad literaria* y el pastel de piel de patata de Guernsey, tener predilección por lo que se murmura, se susurra y llega al oído como gotas de cristal que discurren por estalactitas, vivir manteniéndose fiel a las ideas, los amigos, los amores, tener grandes ramalazos de entusiasmo pero también de inquietud, cenar oreja de cerdo en la rue de Buci después de ir al teatro, odiar el ambiente de rebajas, intentar sorprenderse roncando, brincar de alegría al superarte, aunque sea un poquito, en el uso de tu Macintosh, pensar que el permiso de conducir es el título más difícil que hayas conseguido nunca y el más gratificante, sentirse a gusto entre amigas, tener apego a fotos o a objetos como a la niña de tus ojos, zamparse de un bocado un bombón para recompensar un esfuerzo o una victoria, recoger el agua de lluvia para aclararse el pelo, estar encantado por haber corrido tras el autobús para atraparlo al vuelo por la plataforma posterior justo cuando el controlador retiraba la cadena, plantar un beso en el hocico a un gato ofuscado, quedar con alguien a quien quieres en la otra punta del mundo pero en un lugar muy concreto (y dentro de seis meses), no encontrar el lugar (porque ya no existe) y, a pesar de ello y de que en aquel entonces no existieran los teléfonos móviles, encontrar a la persona en cuestión, tener una lista de todos los lugares donde has dormido en un viaje improvisado, escaparse al menos una vez al mes para descubrir en pareja nuevos rincones, esforzarse por seguir una conversación en una lengua extranjera salpicada con palabras en tu lengua, que te gusten las casas trogloditas estén donde estén, no disfrutar con las voces subliminales de los aeropuertos, bajar con aire triunfal y un pantalón rosa por el lado soleado de la calle Saint-Jacques una bella mañana de abril, tener arrebatos de alegría del mismo modo que se pueden tener sofocos, pelar escorzoneras y acabar con los dedos negros, hablar para una persona determinada del público, preocuparse a morir por el retraso significativo de alguien a quien quieres, arremangarse en sentido literal y figurado, cazar una pelota al vuelo, mirar huevos a trasluz, pelar castañas, saborear una genealogía familiar compleja y acordarse de las de los demás casi tan bien como de la propia, trepidar con las marionetas enormes, vibrar con el West Coast jazz y con el de Bix Beiderbecke, «el joven de la corneta», perderse en las altas iglesias blancas de hileras profundas e imponentes puertas de madera de Saenredam, quedarse embriagado ante la pasta espesa de los iris violetas de Van Gogh, haber cenado en la Maison Troisgros en Roanne en la época en que eran tres, comer regaliz, comer papilla de mijo perla con salsa de hojas frescas de baobab, encontrar un gazapo a la cuarta lectura, leer los relatos de *Tormenta de nieve*, sentarse sin hacer nada con las manos colgando y los ojos mirando el vacío, apreciar la belleza de las grúas en reposo o la de una fábrica abandonada o de vías en desuso, lamentarse por hablar demasiado rápido o por querer terminar las frases de quienes se expresan con parsimonia, recordar a Harris Memel Fote, acordarse de haber llorado al leer *Sin familia*,

y de Remi y de Vitaly y de los perros, haber aclamado la amplia línea de ataque de los jugadores que se abalanzan hacia delante en la época en que el rugby era realmente un juego ofensivo, haber vivido durante largos periodos en una casa africana hecha de banco, haber comprado platos rústicos en el mercado de Cambridge, apreciar en su justa medida los gritos amargos como la hiel de Agnes Moorehead antes de que se arroje por la ventana, observar de reojo un pequeño ratón gris pasar furtivamente de la cocina al campo, navegar en falucho bordeando el Nilo y haber visto las obras de salvamento de File, acordarse de la fealdad de un rape enorme en el puerto de Marettimo y de ese día como un momento de gracia, notar cómo la tierra se hunde bajo tu cuerpo tumbado en un prado cubierto de margaritas, haber comido buñuelos de flor de calabacín en Prunete y, de niña, en Saint-Étienne, gofres en forma de corazón fabricados en serie en una gofrera de hierro fundido negro ajustable sobre un fogón de las cocinas antiguas, haberme reprimido las lágrimas al pronunciar las primeras palabras de mi conferencia inaugural, haber visto el lóbrego rostro de Alain Cuny en la de Claude Lévi-Strauss, haber conseguido que se invitara a Umberto Eco a la cátedra europea en el momento de su creación en el Collège de France y haber así obligado al ministerio a constatar ante el público la ausencia flagrante de anfiteatros e incluso de aulas dignas de ese nombre en esta institución (desde entonces tenemos el anfiteatro Marguerite de Navarre), haber visto *La Nouvelle Mandragore* en el teatro de Chaillot desde el estrado y haber saludado al mítico Gérard Philippe, contemplar la luna refulgente, resplandeciente en un bello cielo moteado con nubes luminosas, recordar los hermosos días del Café Tournon, de Richard Wright, de Chester Himes (Ataúd Ed Johnson y Sepulturero Jones) y de Slim, acordarse de los vestidos tan femeninos de la línea Corolle de Christian Dior de la posguerra, con faldas largas y anchas en forma de pétalo y cinturas estrechas, de haber disfrutado con las películas de François Truffaut y con la voz tan peculiar de Delphine Seyrig, acordarse también de haber viajado en carabela y haber hecho tres escalas para llegar a Uagadugú, de haber esperado la instalación del teléfono durante dos años, de los correos enviados por la red neumática en París, de la muerte de un papa dos meses después de su elección, del placer de deambular por la rue de la Huchette para ir a Maspero o a Caveau para escuchar jazz, de haber visto a Miles Davis, de todas esas cosas anodinas que marcan una época, de amar las palabras, su consistencia en boca, su sonoridad, tener un montón de fulares que no te pones jamás, haber heredado seis copas de cristal de Denise Paulme, haberme convertido en regalo de cumpleaños ofrecido por unos amorosos padres a su hija alojándola en casa, sentirse confortado y reconfortado por cartas de admiradores desconocidos, haber compartido horas de conversación con Francis, siempre atento y sutil, jugar a la hormiguita que sube y sube... con tu bebé que se parte de la risa, haber visto procesiones del Corpus Christi con insignias en las ventanas y pétalos de rosa en las papeleras, haber visto a una prima que ordeñaba las vacas a mano con una pinza para la ropa en la nariz, morder una pastilla de Vichy, o caramelos de anís o pastillas de Vosges presentadas en unas cajas preciosas, ver cómo crecen los bebés y cómo se encogen los mayores, divertirse hablando en alejandrinos, saborear la «dulzura angevina», haber vivido encima de la estación de Montparnasse y

delante del trasatlántico de *Amarcord* con todos los ojos de buey iluminados, hacer muchos mimos, quedarse pasmada con el erotismo de *La reina Kelly*, la apabullante renuncia de Daniel Day-Lewis en *La edad de la inocencia*, disfrutar tanto con la elegancia de David Suchet en *Hércules Poirot* como con las toscas maneras de Lino Ventura o la perversidad sarcástica de un Richard Widmarck o la sorprendente dulzura de Gene Tierney en *El fantasma y la señora Muir*, rendirse ante la actitud incómoda de Henry Fonda y su baile final en *Pasión de los fuertes...*

23 de septiembre

... que te guste el mundo austero de *Dune* y sus catedrales subterráneas de agua, haber visitado el depósito de agua de Montsouris, haber intentado reanimar a un tordo que había chocado contra un cristal y haber constatado la desazón de su pareja que volvía cada día al lugar del accidente, reparar muebles viejos, pintar una gran sala con la ayuda de padres y amigos, haberse sentido cómoda en la enorme y delicada mezquita de Córdoba, admirar las inmensas siluetas de los toros negros en las vallas que bordean algunas carreteras españolas, hacer un ramo con dedaleras, haber asistido helada y empapada al bicentenario de la Revolución en el estrado de la plaza de la Concordia donde el viento lanzaba el agua de las fuentes contra los invitados, haber hablado de las iglesias románicas del Brionnais con François Mitterrand, sentir la emoción de la gracia de la minúscula iglesia de Baugy sobre su explanada verde, negarse por norma general a probar los pepinos a la crema y con nata, adorar las fanfarrias municipales y asistir a los espectáculos escolares de fin de año, haber conocido al apuesto Luis Miguel Dominguín en sus días de gloria, haber visto llorar a pesos pesados por la muerte de Michel Foucault, haber dormido sobre heno que pica, haber presenciado el almuerzo navideño ofrecido por el alcalde y propietario de un bar del municipio de Bertignat y por su esposa a un vagabundo cargado con alforjas y un par de botas que sólo pedía agua caliente y sal para prepararse unos fideos y un «trago» de vino (le dieron un par), haber tenido interlocutores fantásticos, haber asumido con notable estupor los sentimientos de una señora mayor suplicando de rodillas que nos hiciéramos cargo del bebé de su hija fallecida durante el parto (cosa que hicimos)..., haber transitado por carreteras africanas de «fesh fesh» que sin duda escacharraban los coches si no se alcanzaba la velocidad adecuada y seguir la fina senda que dejan las ruedas de las bicicletas zigzagueando en torno a obstáculos sobre una tierra polvorienta o laterítica, haber sentido (erróneamente) la certeza de una muerte cercana, esforzarse por escribir con buena caligrafía, soñar con un fantástico esmoquin de Yves Saint Laurent o con un vestido sublime encontrado ojeando una revista, haberse quedado boquiabierta y estupefacta por el tema de una tesis doctoral sobre las «capacidades adhesivas de los pelos de las patas delanteras de una araña de Madagascar», emocionarse con un King Kong locamente enamorado pero preguntarse cómo lo han metido en la bodega del barco, escupir las pepitas de uva o de naranja o de manzana o de mandarina o de sandía (¡pero no la semilla de aguacate!), entrar a fondo en un tema, diseccionar con precisión un motivo complejo, poner punto y final a un texto, ver cómo un café abandonado resiste al paso del tiempo junto a la carretera de Paray-le-Monial, sonreír al escuchar el acento de Digoin, acordarse con un guiño divertido de haber tenido clase de saber-vivir en quinto de primaria, de casi morir ahogada de tanto troncharme, de haber recibido un doctorado honoris causa al mismo

tiempo que el rey de los belgas, haber chocado contra dos coches parados al salir de un garaje, recordar con emoción cada vez que volvía sobre el terreno, haber aprendido a reconocer las Pléyades, haber conducido durante horas en plena sabana arbustiva, haber visto un cerdo hormiguero u oricteropo (¡qué extraño animal!), haber chorreado toda una noche bajo un techo de arcilla hundido por la lluvia, conocer algunas fuentes, recordar con cariño algunas personas que te han marcado, sentirse secretamente exultante cuando algo sale según lo previsto, notar que está refrescando y pensar en ponerse una chaquetita, sorprenderse del rejuvenecimiento de la gente que te rodea y tomar un profesor de informática de 25 años, emocionarse al escuchar a tu propia madre decir que mentalmente se siente como cuando tenía 20 años mientras que tu padre ya no te reconoce, reencontrarse con el olor de anís de los buñuelos en el hinojo de todos los veranos, ir a buscar arándanos en los bosques de Fonlupt y volver con los labios teñidos de negro, sentir que el dolor desaparece a medida que la morfina penetra en ti, haber vibrado con las novelas históricas griegas de Robert Graves, haber ido siempre a la escuela de un modo u otro, haber estado famélica en tiempos de la guerra de Suez sobreviviendo, y agradecida, gracias a un café y un panecillo al día, haber cenado un día en casa de los padres diamantistas de una amiga, ir al teatro del Odéon y cenar tras la función en el Petit Suisse, fundado en 1791 en la esquina de Vaugirard y Corneille, que te haya pedido la mano en Djerba un hombre autóctono seducido por los vestidos que lo cubren todo, encontrar en la Universidad de Accra un taxi para Germaine Dieterlen que los taxistas rehuían por sus exigencias, haber saludado al hogon de los Dogón ante la fachada de anfractuosidades de su cabaña rellena de cráneos de animales, haber admirado durante horas los detalles minuciosos de los planos relieves de las ciudades de África del norte colocados entonces en el Museo de las Colonias en el Palacio de la Porte Dorée, haber hecho una nueva amiga en un viaje en crucero, haber subido una vez en un dromedario, que te gusten los dulces loukoumas y los pastelitos de miel, escuchar el grito de los cuervos en el museo indio de Ottawa, reír todavía a mandíbula batiente con el recuerdo de un gato junto a una carretera togolesa que comía vorazmente y con todo el pelo erizado trozos de carne bien sazónada con pimienta, acordarse de las golondrinas en el cielo parisino y de la feria que iba de Clichy a Monceau, probar el pan de jengibre o de especias, sucumbir a la tentación de un Speculoos, entrar en una casa que huele a manzanas asadas a la canela...

10 de octubre

... haber preguntado el camino una noche lluviosa de invierno en la salida desierta de la parada de metro Censier-Dauventon a un grupo de tres punkies, estilo peinado Mohawk y botas Doc Martens, armando jaleo protegidos en una entrada, y que los tres jóvenes, muy solícitos, te acompañen hasta la entrada de la plaza Vermeuse: «Sí, sí, la acompañamos, no lo encontraría si fuera sola y, además, nunca se sabe...», haber circulado jugándose el pellejo en un lujoso Facel Vega con asientos de cuero beige y olor a miel por la autopista del Oeste recién inaugurada y completamente desierta, «faire chabrot»^[1] con la sopa de panceta en las zonas rurales, haber comido durante la guerra pedazos de queso Tomme de los que salían retozando alegremente gusanos blancos estirando sus cuerpos arqueados, haberme detenido, durante el Éxodo, en Sully-sur-Loire y, con mi hermana mayor de 9 años, haber distribuido vasos de agua a los soldados arrestados que pasaban sin detenerse (los adultos no tenían derecho a hacerlo), recordar los 16 años y un vestido blanco con vuelo, de lunares verdes y cuello grande, otro vestido que me puse después de falla roja y corpiño ajustado, una falda acampanada y dos frufús de organdí blanco sobre los hombros, otro vestido corto de encaje negro grueso muy ceñido y con escote francés, y también un vestido de terciopelo castaño con un chaleco de espiguillas doradas atado con un lazo, un cinturón de cuero negro ancho que hacía las veces de corpiño y unos zapatos violeta intenso de tacones largos plateados para bailar, sentir siempre una cierta zozobra ante los enormes y pesados armarios de Borgoña forrados con una tela de reflejos morados y verde oscuro ante los que uno tiene la sensación de que si se metiera dentro podría quedar atrapado por las tinieblas o emerger en una viva luz, sorprenderse al escuchar en la cabeza las voces de algunas personas pero no de todas, en absoluto, y sin saber por qué esas sí y no las otras, tamborilear, conseguir sentirse como una piedra encerrada en sí misma en momentos de pánico, desconcierto o conmoción, llamar a una gran puerta de madera con una aldaba de cobre, cerrar los ojos para escuchar mejor el sonido del viento en los altos álamos de Bodélio y sentir incluso el soplo de aire en el rostro, odiar el pelo en la cara o el lápiz de labios o llevar un foulard enrollado en el cuello o un bolso colgando del pliegue del codo, o la ropa interior de color carne o un vestido demasiado ajustado que se queda «blindado» en la sisa, aceptar una perra para no ofender al amigo cuando le has regalado un cuchillo o un cortapapeles, disfrutar con las ocurrencias, el humor, incluso con las gracias o la ironía y, sin embargo, odiar el sarcasmo, identificar instintivamente lo insólito, lo incongruente, la discordancia, las ideas turbias y extrañas que se manifiestan de repente, pero también el movimiento lleno de gracia, el bello gesto de la mano, la manera grácil de levantarse del sillón, saber que reflexionar hace que el tiempo pase a toda marcha y que uno acabe completamente desconcertado, que te guste el

mentón agudo de Gloria Grahame, el brillo de sus ojos y su risa en cascada, temer las arenas movedizas o el suelo que se hunde o el pie que se tuerce o resbalar y caerse de espaldas o los peldaños altos y estrechos de las pirámides de México, hacer suntuosos ramos de hortensias, responder con una sonrisa a la silenciosa pregunta de los bebés recién nacidos: «Y tú, ¿quién eres?».

Como podrá constatar, querido Jean-Charles, no se trata de grandes especulaciones metafísicas ni de reflexiones profundas sobre la vanidad de la existencia ni de la candente intimidad de cada cual. Se trata simplemente de ver cómo convertir cada episodio de nuestras vidas en un tesoro de belleza o de gracia que aumenta sin cesar, de por sí, y de saber de qué fuentes podemos beber para renovar fuerzas cada día. Nada del otro mundo en realidad, ¿verdad? En este fárrago heteróclito hay sin duda sentimientos, sensaciones, emociones, instantes de felicidad que habrá vivido y sigue viviendo. Y usted tiene su propio amasijo de recuerdos personales que no piden más que aflorar a la superficie para acompañarlo y apoyarlo en todas sus vivencias futuras. Yo he aprendido a apreciarlos en su justa medida: como sabrosos jalones de nuestra existencia. Y así ésta se convierte en algo mucho más rico y más interesante de lo que pudiéramos sospechar. Y, sobre todo, es importante tener en cuenta que eso es algo que nadie podrá sustraerle jamás.

Pasemos página

Nada de otro mundo, escribía yo al destinatario de este texto. Nada del otro mundo, sin duda, aunque de primera necesidad. ¿Quién soy yo más allá de las definiciones exteriores que de mí se puedan dar, del aspecto físico, del carácter mostrado a grandes rasgos, de la relación con los demás, de las ocupaciones profesionales y personales, de los vínculos familiares y amistosos, de la reputación, de los compromisos, de los círculos a los que pertenezco, más allá de las definiciones que, sin duda, son palpables pero también construidas y engañosas? Profundamente «yo». Y ese «yo» que es nuestra riqueza está formado por una apertura al mundo, por una aptitud y una capacidad de observar, una empatía con lo vivo, una capacidad de hacer piña con lo real. «Yo» no es sólo quien piensa y hace, sino quien siente y experimenta según las leyes de una energía subterránea renovada sin cesar. Si careciera totalmente de la curiosidad, de la empatía, del deseo, de la capacidad de sentir aflicción y placer, ¿quién sería este «yo» que —por otra parte— piensa, habla y actúa?

He querido rastrear la fuerza imperceptible que nos mueve y nos define. Evidentemente depende de la historia vital de cada uno, pero no se trata de una historia nostálgica, sino de la propia esencia y la justificación, aunque ignorada, de cualquier acción presente y futura. El «yo» no sería lo que es si no hubieran acontecido una serie de circunstancias que han canalizado su existencia, pero tampoco lo sería si el «yo» no hubiera tenido la posibilidad de sentir una emoción determinada o de vibrar en otro momento, de vivir una experiencia con el cuerpo.

Este libro aboga por que sepamos reconocer no sólo una pequeña parte ingenua de nuestra infancia, sino ese amplio mantillo de afectos que forjan sin cesar nuestro ser, que nos convierten en los seres sensibles que somos. Para que no nos obnubilen los objetivos que nos fijamos, las carreras profesionales, la empresa que queremos crear o la rentabilidad que debemos garantizar, perdiendo de vista el «yo» que está en liza. Para que sepamos que en la proeza de vivir que se renueva sin cesar subyace el motor profundo de la curiosidad, esa mirada atenta y rica en empatía o en crítica, ingrediente básico del «yo» respecto al mundo que lo rodea.

Hay que reservar tiempo para constituir esa antología íntima de sensualidad que sin embargo también se comparte, sustrato fundamental de la «condición humana». Cuando utilizamos esta expresión y muchas otras (¡pensemos en el «valle de lágrimas» que se supone que es nuestro paso por la tierra!), siempre se acaba hablando de la experiencia candente del dolor y la crucial de la muerte. Sí, de acuerdo, pero también se trata de la capacidad de tener «afición» por las cosas, como decimos en Bretaña, apetencia, deseo, la capacidad de notar, sentir y percibir, de emocionarse, conmoverse, de comunicarlo y transmitirlo a todos aquellos que comprendan este lenguaje común.

El «yo» también está compuesto de recuerdos, pero ¿a qué obedece la selección de recuerdos? Se produce sin que intervenga la voluntad, y el psicoanálisis sabe mucho de los motivos de una necesidad olvidadiza aunque todos los recuerdos desaparecidos no provengan del inconsciente. Lo sucedido se desvanece, pero queda lo esencial, marcado en el cuerpo, que resurge con el encanto furtivo de una evocación, con el escalofrío de una sensación, la fuerza sorprendentemente viva y en ocasiones incomprensible de una emoción. ¿A qué atenerse si no es a esa voz interior ardiente, esa dinamo vital que potenciamos cada día aunque lo ignoremos? El recuerdo deja de ser, pero la memoria sensual del cuerpo sigue manifestándose. Somos un tejido equipado con sensores que graban las huellas persistentes que nos sirven de tutores y nos guían. Demasiados recuerdos nos paralizan. Quedan los prototipos de lo que realmente nos hace vibrar en el amplio registro de las emociones posibles.

Proust no queda lejos. Sin embargo, no es el sabor de la magdalena lo que resucita el recuerdo. Es el trastorno sensorial vivido que recupera esa misma emoción sensual de la infancia mediante un rito en el que todo, el ambiente cerrado, el carácter excepcional, la hora, la tía, el té, la magdalena, acabaría clavándose para siempre —como condensado en una flecha bien lanzada— en el olor dulce y un poco desabrido de una repostería, es decir, en el olor más capaz —de entre todas las sensaciones vividas en ese instante y para ese niño— de condensar la perpetua vitalidad del conjunto.

En cierto modo el sensualismo de Condillac cobra todo su sentido en cada uno de nosotros. El mundo existe a través de nuestros sentidos antes de existir de forma ordenada en nuestro pensamiento y debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para conservar a lo largo de nuestra existencia esta facultad creativa de sentido: ver, escuchar, observar, oír, tocar, acariciar, sentir, oler, saborear, probar, tener «afición» por todo, por los demás, por la vida.

Algunas referencias

PELÍCULAS y SERIES

- ¿A quién ama Gilbert Grape?*, Lasse Hallström, 1994.
Alien, el octavo pasajero, Ridley Scott, 1979.
Ally McBeal, serie de David E. Kelley en 112 episodios.
Amarcord, Federico Fellini, 1974.
Conspiración de silencio, John Sturges, 1955 (Spencer Tracy).
Dr. House, serie americana de David Shore.
Dublinese, John Huston, 1987.
Dune, David Lynch, 1984.
El beso de la muerte, Henry Hathaway, 1947 (Richard Widmarck).
El fantasma y la señora Muir, Joseph L. Mankiewicz, 1947 (Gene Tierney).
El increíble hombre menguante, Jack Arnold, 1957.
El lobo de Malveneur, Guillaume Radot, 1943.
El navegante, Buster Keaton y Donald Crisp, 1924 (Buster Keaton).
El oso, Jean-Jacques Annaud, 1988 (Tcheky Karyo).
El tesoro de la Sierra Madre, John Huston, 1948.
Frankenstein, James Whale, 1931.
Hércules Poirot, serie policiaca británica de 65 episodios (David Suchet).
King Kong, Merian C. Cooper y Ernest B. Shoedsack, 1933.
Kiss Me Deadly, Robert Aldrich, 1955.
La edad de la inocencia, Martin Scorsese, 1993.
La reina Kelly, Eric von Stroheim, 1928.
La senda tenebrosa, Delmer Daves, 1947 (Agnes Moorehead).
Lo que el viento se llevó, Victor Fleming, 1939.
Memorias de África, Sydney Pollack, 1985.
Morse, serie británica de Colin Dexter en 33 episodios.
NCIS (Naval Criminal Investigative Service), serie americana de Donald P. Bellisario y Don McGill.
Pasión de los fuertes, John Ford, 1946 (Henry Fonda).
Piel de asno, Jacques Demy, 1970.

Sin móvil aparente, Philippe Labro, 1971 (Jean-Louis Trintignant).
Taxi Driver, Martin Scorsese, 1976 (Robert de Niro).
Un documental sobre animales de la serie *Crónicas del África Salvaje* (guepardo agonizante).
Viento en las velas, Alexander Mackendrick, 1965.

OTRAS REFERENCIAS

Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, 1949.
Dorothy Baker, *El trompetista*, 1982 (Bix Beiderbecke, 1903-1931).
Cahiers du Cinéma, revista creada en 1951 por André Bazin, Jacques Doniol-Valcroze y Joseph-Marie Lo Duca.
Jean Cocteau, *L'Aigle à deux têtes*, 1947.
Frank Herbert, *Dune*, 1965.
Patricia Highsmith, *Rescate por un perro*, 1972.
Hector Malot, *Sin familia*, 1878.
Mary-Ann Shaffer, *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata de Guernsey*, 2009.
Pieter Jansz Saenredam, pintor flamenco (1597-1765).
Franz Schubert, *Viaje de invierno*, interpretado por Laurent Naouri en concierto en 2011 en Muzillac.
Jean Vauthier, *La Nouvelle Mandragore*, adaptación de *La Mandrágora* de Nicolás Maquiavelo, puesta en escena por Gérard Philipe en 1952 en el teatro Nacional Popular.

Notas

[1] *N. de la T.*: tradición asociada al sudoeste de Francia que consiste en verter vino tinto en un bol casi terminado de sopa, llevárselo a los labios y con entusiasmo sorber el contenido hasta la última gota. Literalmente, «beber como una cabra».

Sobre la autora

Françoise Héritier, antropóloga, es profesora emérita en Collège de France y en École des Hautes Études en Sciences Sociales. Es autora de *Masculin/féminin*, *Les Deux Soeurs et leur mère* y *De la violence*, traducidos a más de diez idiomas

Título original: *Le sel de la vie*
© 2012, Odile Jacob
© De la traducción, Emma Soler Caamaño, 2012
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-01262-2
Diseño de cubierta: Compañía
Conversión ebook: Miguel Ángel Pascual

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[La sal de la vida](#)

[Presentación](#)

[13 de agosto de 2011](#)

[13 de agosto, unas horas más tarde](#)

[14 de agosto](#)

[15 de agosto, 18.27 horas](#)

[17 de agosto](#)

[18 de agosto](#)

[Diez horas después](#)

[21 de agosto](#)

[24 de agosto](#)

[2 de septiembre](#)

[4 de septiembre](#)

[6 de septiembre](#)

[10 de septiembre](#)

[15 de septiembre](#)

[23 de septiembre](#)

[10 de octubre](#)

[Pasemos página](#)

[Algunas referencias](#)

[Notas](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

Índice

La sal de la vida	3
Presentación	4
13 de agosto de 2011	6
13 de agosto, unas horas más tarde	7
14 de agosto	8
15 de agosto, 18.27 horas	10
17 de agosto	12
18 de agosto	13
Diez horas después	14
21 de agosto	15
24 de agosto	16
2 de septiembre	18
4 de septiembre	21
6 de septiembre	23
10 de septiembre	24
15 de septiembre	26
23 de septiembre	31
10 de octubre	33
Pasemos página	35
Algunas referencias	37
Notas	39
Sobre la autora	40
Créditos	41